

LA SIERRA DEL AJUSCO. HISTORIAS VIVIDAS

LUIS GUERRERO MARTÍNEZ

LA SIERRA DEL AJUSCO
HISTORIAS VIVIDAS



T H É M A T A

SEVILLA • 2022

A todos aquellos que han compartido conmigo algún sendero de montaña, lugar donde se forjan perdurables lazos de amistad.

*¡Vosotros, senderos trazados por los pasos
en los relieves irregulares al margen de los caminos!
Creo que estáis penetrados de invisibles existencias.
¡Sois tan queridos para mí!*

Walt Whitman

ÍNDICE

Introducción.....	13
I. Las cumbres del Ajusco. Pico del Águila-Cruz del Marqués-Cerro de Santo Tomás.....	19
II. Cerro de San Miguel.....	31
III. Volcán pelado.....	37
IV. Rocas Xinter en Jilotzingo. Valle de Guayo.....	43
V. La Virgen de la Peña. Ojos de Agua en El Chinaco.....	49
VI. Recorrido El Zarco-El Chinaco-Cerro de San Miguel.....	53
VII. La Marquesa. Recorridos de montaña.....	59
VIII. Malacatepec. Una ceremonia muy significativa.....	67
IX. La cruz en las montañas.....	73
X. Recorrido de la cañada de Los Dinamos y Río Magdalena a la barranca Capoltitla.....	81
XI. La belleza en la naturaleza. Un ensayo sobre la teoría de la evolución de Darwin.....	89
XII. Volcanes en la zona de El Capulín y Lagunas de Zempoala. Una tormenta angustiosa.....	99
XIII. El Xitle. Un volcán con historia.....	109

XIV. Cerro de Xochitepec. Los cuatro puntos cardinales.....	119
XV. En el corazón de la sierra. El Medialuna-La Gachupina-El Muñeco.....	129
XVI. Cima a Cima. Un sueño hecho realidad.....	137
XVII. El bosque mágico de San Nicolás Totolapan. La más fantástica excursión.....	149
Mapas.....	157

INTRODUCCIÓN

La cuenca en donde se asienta el Valle de México es de una belleza privilegiada. Hacia el sureste se elevan cuatro de las grandes montañas que componen el eje volcánico transversal: en primer lugar, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, nuestras emblemáticas montañas nevadas, hoy en día con las grandes y amenazadoras fumarolas de «Don Goyo»; en continuidad con ellas están los volcanes Telapón y Tláloc, montañas superiores a los cuatro mil metros de altura. Desde las estribaciones del Popo y del Izta hay dos interesantes serranías que llegan al sur del gran valle, la primera se extiende hasta la región lacustre de Xochimilco; la segunda, con volcanes bien delineados, llega hasta las lagunas de Zempoala. Ahí comienza la sierra del Ajusco que ininterrumpidamente recorre todo el oeste del Valle de México. En ese recorrido están las espectaculares paredes rocosas de La Coconetla y el hermoso río Magdalena, más adelante el bosque del Desierto de los Leones con su apacible Cerro de San Miguel. Le sigue La Marquesa amplia zona de valles y bosques y, más al norte, las Cumbres Sierra Nevada. Cerrando esa gran cuenca se encuentra la Sierra de Guadalupe y el lago de Texcoco.

Todos estos lugares entre los que se asienta la altiplanicie mexicana están formados por múltiples cumbres, cañadas, ríos, valles y bosques, con una gran riqueza de vida silvestre. Con frecuencia se habla de la sublime impresión que debieron tener los españoles al contemplar por primera vez el Valle de México, no muy lejos del collado que separa el Popocatepetl del Iztaccíhuatl, ahora conocido como Paso de Cortés. También podemos imaginarnos la grandeza del paisaje que observaron al adentrarse a la ciudad de Tenochtitlán. En sus cartas de relación, Hernán Cortés reitera su admiración por la grandeza del paisaje unida

a la majestuosidad de aquella ciudad azteca que se elevaba en medio del lago. Describe las muy altas y bellas montañas, los lagos, y la riqueza y variedad de bosques, animales y plantas. Con el paso de los siglos aquellos majestuosos lagos fueron consumidos por la gran urbe que ahora es la Ciudad de México. En esa transformación muchas de las riquezas naturales fueron menguando; sin embargo, como gigantes testigos del tiempo, las montañas y muchos de sus bosques han podido resistir a esa lenta catástrofe, y todavía hoy nos muestran una buena parte de su esplendor.

Desde que era pequeño mi familia organizaba días de campo en distintos puntos cercanos a la Ciudad de México, lo mismo ocurría en la escuela. Recuerdo una vez, cuando estaba en primaria, que se organizó un concurso de recolección de periódico; ese año el grupo ganador tendría como premio una excursión al Desierto de los Leones. ¡Con qué ilusión participé en la recolección! Cada tarde mis compañeros y yo íbamos a las casas del vecindario para pedir sus periódicos antiguos y a la mañana siguiente los poníamos en un rincón del salón para ir formando una columna cada vez más alta. Pasada aquella semana y después de la medición final, mi alegría fue enorme pues nuestro grupo fue el ganador y una semana después pudimos disfrutar del día de campo, con aquel inmenso bosque y su misterioso muro de la excomuniación. Ya fuera con mi familia o con la escuela poco a poco fui conociendo sitios como el Ajusco, los Dinamos, el Xitle, La Marquesa, el Tepozteco. Siempre regresaba a casa con una grata experiencia y veía aquel mundo de la naturaleza y de las montañas como el lugar al cual deseaba pertenecer. Este espíritu romántico por la naturaleza también se alimentaba de mis vacaciones anuales a la Huasteca Potosina. Mi papá tenía hermanos en Ciudad Valles y una vez al año los visitábamos. En aquellos días mi tío nos prestaba una antigua Ford pick up 1954. Muchas mañanas nos subíamos a la parte trasera de la camioneta y emprendíamos nuestras aventuras a distintas partes de la huasteca: las pozas, los saltos de los ríos y la selva con su gran mundo de sonidos. Para mí todo aquello era un paraíso.

La gran transformación en mi vocación alpina ocurrió cuando tenía dieciséis años. Tenía unos compañeros en la preparatoria a los que les gustaba mucho el alpinismo. En unos cuantos meses subí por primera vez a la cumbre del Ajusco y lo mismo hice en el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl; hicimos un fantástico campamento en la Laguna de Zirahuén en Michoacán; descendimos al cráter del Xitle; en El Chico aprendí las bases de la escalada y el rapel en roca. Seguí haciendo al-

gunas excursiones con ellos, pero muy pronto comencé a diseñar mis propias rutas y, sin apenas darme cuenta, había comenzado mi labor de guía. No un guía profesional, al que se contrata para ese fin; sino un guía más aventurero, pues por muchos años busqué lugares o rutas desconocidas para mí y me aventuraba a ellas con mis amigos. Desde esa época tuve una fascinación especial por la “Media montaña”, por las amplias zonas boscosas que hay alrededor de la Ciudad de México, por sus cumbres y largos recorridos. Intercalaba con mucho gusto mis excursiones de “Alta montaña” en los volcanes con las múltiples posibilidades que ofrecían las montañas por debajo de los cuatro mil metros.

Antoine de Saint-Exupéry narra en su libro *Tierra de hombres* una experiencia que le cambió su forma de percibir la realidad. Estaba por emprender su primer vuelo como piloto de avión en la ruta Toulouse-Dakar en 1926, época heroica de la aviación comercial. La noche anterior, con el nerviosismo propio de quien se va a enfrentar a un recorrido desconocido, acudió a un experimentado camarada para repasar juntos el mapa del itinerario, con los posibles sitios para una emergencia o las zonas peligrosas a las que se podía enfrentar. Su sorpresa fue grande cuando su amigo le explicó el mapa bajo unos parámetros muy distintos de los que él se imaginaba, no le hablaba de cosas que estaban en el mapa, sino que le mostraba aquel territorio como un lugar lleno de vida. Le hablaba de los naranjos que bordean un campo, de una sencilla granja y una pareja de granjeros siempre dispuestos a socorrer, de un riachuelo escondido que podía ser peligroso en un aterrizaje de emergencia, de una colina donde pastan los corderos. Poco a poco, todos esos detalles ignorados por los geógrafos se transformaban en el territorio de un cuento de hadas, un reino en el cual tendría el privilegio de penetrar. De esa forma, la ruta dejaba de ser líneas sobre planos orográficos, para convertirse en un mundo habitado que en breve pasaría a ser parte de su mundo.

Traigo a colación esta anécdota biográfica del famoso escritor francés pues algo así he querido transmitir en este libro. El lector no encontrará una descripción técnica de los diversos aspectos geográficos de las montañas, sino historias vividas en ellas. Por medio de esas historias busco mostrar un espíritu: el entusiasmo por la naturaleza y la manera como ella nos puede transformar. Revisando los diarios que han dado cuerpo a este texto, pero sobre todo hurgando en mis recuerdos, puedo aventurarme a hablar un poco sobre la esencia del

excursionismo o, de forma más personal y modesta, reflexionar sobre el significado que las montañas han tenido en mi vida.

La selección de narraciones que presento abarca cincuenta años de excursiones en las montañas que circundan la sierra poniente del Valle de México. Desde mi primera cima en el Ajusco muchas cosas han cambiado, no existían teléfonos celulares, ni indicadores de rutas GPS, ni algunas de las carreteras, ni las facilidades actuales de transporte, ni aplicaciones meteorológicas vía satélite, ni internet para conocer mapas y descripciones de rutas, incluso el material y la ropa de montaña eran más modestos. Hoy en día un celular proporciona gran parte de esa información, en ese pequeño aparato tenemos altímetro, termómetro ambiental, cámara fotográfica, mapas, GPS. Hace no mucho subí a la Malinche con unos amigos y uno de ellos, por medio de su aplicación -que observaba con frecuencia- podía saber cuánto tiempo haría hasta la cumbre teniendo en cuenta un algoritmo con miles de experiencias; también le mostraba los diversos cambios de inclinación y los cambios de dirección que se aproximaban. Otro ejemplo simple pero significativo de los cambios que ha habido son las cantimploras, la palabra misma empieza a quedar en desuso. Comparadas con cualquier botella de agua que hoy se compra en una tiendita o en el supermercado, las cantimploras de antaño eran más voluminosas y pesadas, además de que era difícil conseguir alguna a la que no se le saliera el agua, pues había que reforzar la tapa con pedazos de bolsas de plástico para que quedara hermética. Es difícil valorar los pros y los contras de esta evolución en la práctica del excursionismo. Muchos de estos avances nos brindan más seguridad y nos facilitan la práctica del senderismo y la escalada pero, por otro lado, disminuyen un poco el carácter aventurero; ya no es tan necesario saber manejar una brújula, mirar al cielo para interpretar las nubes, acudir a los pocos libros que había sobre las rutas o soñar con el equipo de montaña de importación. No obstante, esta disyuntiva, considero que esos avances tecnológicos solo afectan aspectos secundarios del espíritu que puede respirarse en las montañas. Por eso, aunque de manera distinta, yo he disfrutado y me he sentido transformado en las montañas hace cincuenta años y también hace apenas unas semanas.

No exagero al afirmar que he realizado cientos de excursiones en la serranía del Ajusco — Desierto de los Leones — La Marquesa. Algunas cumbres o recorridos han sido constantes a lo largo de los años, por ejemplo, el Pico del Águila, el San Miguel, Los Dinamos, etc. Por este motivo, los recuerdos e impresiones que tengo crean un inmenso caudal en mi memoria. A este caudal se suman los detalles y anécdotas que

escribí en los diarios que conservo como un gran tesoro. No ha sido fácil hacer una selección de las excursiones que debieran formar parte de este libro. Un primer criterio de selección ha sido la de aquellas que por distintos motivos se han grabado profundamente en mí; sin embargo, el libro no es una simple suma de mis recuerdos, sino que he buscado que los posibles lectores encuentren interés en las descripciones de esas experiencias, ya sea con el fin de mostrar la belleza de nuestras montañas, para despertar o acrecentar el gusto por esta fabulosa actividad del excursionismo y senderismo. Por estos motivos, como no he querido repetir la narración de recorridos y ascensiones a un mismo lugar, y al mismo tiempo me he resistido a dejar de lado algunas anécdotas y vivencias, he buscado la forma de incorporarlas de manera adecuada. Algo similar sucede con los amigos con los que he compartido esta afición. Algunos de mis compañeros de aventura fueron incondicionales durante muchos años, juntos hemos vivido experiencias maravillosas en la montaña. No obstante, solo he incluido a algunos de ellos para no abrumar al lector con exceso de nombres. Una de las grandes cualidades que tiene la práctica del montañismo son las amistades que surgen de las metas, esfuerzos y experiencias compartidas, por eso, a todos ellos, aunque su nombre no aparezca en estas páginas, está dedicado el libro.